

Pero bien está, y responde.  
 ¿En qué tu amor se quedó?  
 ¿En humo se disolvió  
 Con el resplandor de conde?

IBÁÑEZ.

El antiguo hace seis años  
 Humo es como bien has dicho:  
 Que vienen tras un capricho  
 Un millon de desengaños.  
 Pero hoy.....

DON RODRIGO.

Oyéndote estoy.  
 Concluye. ¿Por de contado  
 Que estarás enamorado?

IBÁÑEZ.

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO.

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ.

Como un oro.

DON RODRIGO.

¿Niña?

IBÁÑEZ.

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO.

Pues ya no la falta mas  
 Que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ.

Lo cierto en ello no sé:  
 Pero en la corte introdujo  
 Su llegada tanto lujo  
 Que casi escándalo fué.

DON RODRIGO.

Pues por Dios que la fortuna  
 No se cansa en tu favor;  
 Pero tendrás de su amor  
 Prendas que.....

IBÁÑEZ.

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO.

¿Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ.

No por cierto, mi Rodrigo.  
 Yo solo soy quien consigo  
 Finezas y valimiento.

Es cierto que no hay baron,  
 Hidalgo, conde ó marqués,  
 Que no rindiera á sus pies  
 Su fortuna y su blason.

No hay troyador ni galan  
 Que en cantares y torneos  
 No se esceda en galanteos  
 A Rosa de Montalvan.

Todos los ojos en ella  
 Detiene la multitud;

Porque tiene de virtud  
 Cuanto de rica y de bella.

Mas ella por importunos  
 Acredita sus festejos:

Todos los ojos de lejos  
 La gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad  
 Que, aunque la amo como un loco,  
 No estimo, Rodrigo, en poco  
 Por ello mi vanidad.

DON RODRIGO.

De tu fortuna me admiro,  
 Pedro Ibañez, envidioso,  
 Y mas estoy de orgulloso  
 Cuanto mas feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura  
 Tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ.

No pude tanto saber.

DON RODRIGO.

Pues á fé que es aventura.

IBÁÑEZ.

Porque nada se concilia  
 De haber nacido en la Galia,  
 Y en Aragon y en Italia  
 Tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,  
 Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO.

Y pienso que tambien es  
 Hasta francés é Italiano.

Pero pues es rica y bella

Y os amais los dos así,

Tanto es ella para tí

Como eres tú para ella.

Cuando estemos mas á espacio,  
 Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ.

Esta noche la verás,

Que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,

Y esta noche he de saber

Si puede y cómo ha de ser,  
 Que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO.

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ.

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso

Que este mismo mes me caso

Si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO.

Prodigio será en lo bello,  
 Segun de perdido estás.

IBÁÑEZ.

Esta noche la verás

Y decidirás en ello.  
 Entretanto hasta despues,  
 Que el rey sale.

DON RODRIGO.

Véte en paz.  
 Y que en verla habré solaz  
 No te olvidés.

IBÁÑEZ.

Adios, pues.

Tomó Ibañez la escalera  
 Que daba al cuarto del rey  
 Sin que Rodrigo los ojos  
 Un punto apartara de él.  
 Doblóse detras de Ibañez  
 La mampara en la pared;  
 El ruido de sus pisadas  
 Se acabó al fin de perder,  
 Y aun le parece que le oye,  
 Que le abraza y que le vé;  
 Tanto el encuentro de Ibañez  
 Fué á don Rodrigo placer.  
 Pasaron unos momentos  
 En que, perdido tal vez  
 En recuerdos deliciosos  
 Quedó distraido en pié,  
 Los ojos en la mampara  
 Que cerró al salir aquel,  
 Y una sonrisa en los labios  
 De verdad y sencillez.  
 Al fin soltando un suspiro  
 Esclamó el rostro al volver:  
 ¿Por la Virgen que me alegro!  
 ¿Quién lo imaginára de él?

Por la plaza de San Pablo  
 Ya bien entrada la noche,  
 Del palacio real volviéndose  
 Van platicando dos hombres;  
 Y á la luz que reverberan  
 Dos moribundos faroles,  
 Aunque no se ven sus rostros,  
 Sus figuras se conocen.  
 A corto trecho delante  
 Y á lentos pasos recorre  
 Vía igual una litera  
 Seguida de dos hachones;  
 Y entre las verdes cortinas  
 A los rojos resplandores  
 Se divisan dos mujeres  
 Sentadas en los sillones.  
 Atravesaba todo ello  
 Por la oscuridad informe  
 Como de los sueños pasan  
 Fantásticas las visiones.  
 Y en los criados que alumbran  
 Y en los oscuros colores  
 Que viste la comitiva  
 De las cortesanas nobles,  
 Un no sé qué se trasluce

De rápidas precauciones  
 Que todo parece envuelto  
 En invisibles vapores.  
 Al reflejo de las luces  
 Se ven los rostros inmóviles,  
 Los ojos cristalizados  
 De los negros servidores.  
 Y algun crédulo dijera  
 Que en tal misterio se esconde  
 Un cumplimiento severo  
 De las celestiales órdenes.  
 Mas fuera vano temor  
 De la ilusion de la noche,  
 Porque entrados en un patio  
 Los hidalgos se disponen  
 A recibir á las damas  
 A quien parece que rondan,  
 Segun del alcázar fueron  
 Detras de ellas hasta entonces.  
 “Rosa mía! esclamó el uno,  
 Prestando en los escalones  
 Primeros el brazo á una,  
 Al parecer la mas jóven.  
 —Estais, don Pedro, servido,  
 Ella pronta respondióle,  
 Abandonando en las suyas  
 Una mano que él recoge.  
 “Mi madre consiente en ello,  
 Y escusando dilaciones  
 En vos está la tardanza.  
 —Porque tal dicha se logre  
 Perdiera cuanto poseo.  
 Sueño parece esta noche  
 Que no he de olvidar jamás.”  
 Aquí á los anchos salones  
 Llegaban de su palacio,  
 En cuyos ricos primores  
 Es bien que audaces los ojos  
 Se admiren cuando se poseen.  
 De finísimos tapices  
 Toda la sala vistióse,  
 Mullida en el pavimento  
 Alfombra de vivas flores.  
 Candelabros de oro y plata  
 Por las mesas y rincones,  
 Y vajillas y preseas  
 Do quiera en aparadores,  
 Rosa y don Pedro sentados  
 Esperaron á que torne  
 Don Rodrigo que acompaña  
 A la madre desde el coche,  
 Delante una chimenea,  
 Cuyos morillos de bronce  
 Teniendo están disolviéndose  
 En ceniza medio roble.  
 Entre las llamas volubles  
 Lanzan los ojos tizonas  
 Chispas que naciendo espléndidas  
 Desaparecen veloces.  
 El humo elástico asciende  
 En espirales deformes  
 Despedido por las llamas  
 Que brotan á borbotones



Y por do quiera que el tronco  
Lentas ó voraces orlen,  
Herviendo la savia que mana  
Resistiendo sus furoros.  
Entró por fin don Rodrigo,  
Y apenas Ibañez viole,  
Tomándole de la mano,  
Delante Rosa le pone:  
"Esta es mi esposa," le dijo.  
Alzó Rodrigo la noble  
Frente, y la beldad de Rosa  
Viendo, en verdad asombróse.  
Saliéronse del salon,  
Y al cruzar por los portones  
A Rodrigo que le sigue  
Pedro Ibañez preguntóle:  
"¿Que te parece de Rosa?  
¿Otra mas linda conoces?"  
— "Por Dios (contestó Rodrigo)  
Que no la hay entre los hombres!  
Y así permitan los cielos  
Que tantos años la goces,  
Como ella tiene de deudas  
A los cielos de favores."

Era Rosa de célica hermosura,  
Rica de gracias, rebosando amor,  
Trasunto de la esbelta criatura  
Que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,  
Risa los labios y máfil la tez,  
Donde la calma de la infancia brilla,  
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosa y gala  
A género, ni siglo, ni país,  
Ni terrena beldad llega ni iguala  
De la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra  
La leve huella del enano pié,  
Y tiene mas la vaporosa sombra,  
De inefable vision que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos  
Al impulso de zéfiro fugaz,  
Velando de la espalda los hechizos  
Su voluble y espléndida espiral.

Caenla de la mórbida cintura,  
En grupos que sujeta el cinturon,  
Los pliegues de la blanca vestidura  
Que agita ligerísima en redor.

Como las aguas de elevada fuente  
Caen en hebras de líquido cristal  
Y el aura con mansísima corriente  
Las mece confundidas al bajar.

Do quier que está la delicada Rosa  
En la corte, en el baile, en el festin,

No hay ojos ni atencion para otra hermosa;  
Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida  
En medio de ruidosa sociedad,  
De las damas sin duda aborrecida  
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,  
Guardias perennes, embozados son,  
Y oyése de estocadas y canciones  
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores  
Dueñas y pajes aguardar se ven,  
Ya ramilletes de tempranas flores  
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana  
Ni billete ni flor á recibir:  
Del palacio jamás la soberana  
Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oido de varon dichoso  
El eco suave de su voz oyó,  
Ni una mirada por su afán penoso  
Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia:  
Nadie el solar en que nació cuál es,  
Nadie de su beldad tiene memoria,  
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra  
De sus esclavos á inquirir llegó,  
El secreto tenaz en que se encierra  
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos  
Corren de ello tal vez en la ciudad;  
Mas posan en tan vanos fundamentos  
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,  
Libres sus salas encontró tal vez,  
Y de su audacia y su fortuna incierto  
Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga  
Tocó la mano y escuchó la voz;  
Ibañez solo de placer se embriaga  
Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas  
Velado en la nocturna oscuridad,  
Que cuando ronda sus doradas rejas  
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso  
Por un cariño le volvió un desden,  
Porque con fácil y abrasado beso  
Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente  
Fué don Rodrigo y admiró su amor,  
Solo con él su mercenaria gente  
La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera  
El la idolatra á cada instante mas,  
Y por desprecio de la corte entera  
Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla  
En que refleja tan dudosa luz  
Que entre la sombra que el espacio puebla  
Nada se vé del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza  
Un inmenso cercando aparador,  
Los vasallos están de mas nobleza  
Que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,  
Damas é hidalgos en el real festin,  
Brindan y cantan á la ansiada boda,  
Mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan  
Con largo y libre interminable son,  
Y el aire denso y perfumado llenan  
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa  
Ebrio de amor y de ventura está,  
Y cuanto admira la beldad de Rosa  
Crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,  
Entre cuyos vapores nada vé,  
Mas que el camino que tras largo empeño  
Le trajo de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella  
Cual nunca Ibañez por azar la vió,  
Aunque hoy encuentra perspicaz en ella  
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresion incierta  
De una vaga ilusion de otra mujer,  
Con cuya oculta realidad no acierta  
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa  
No es de su Rosa la continua faz,  
Y aun le parece que su frente hermosa  
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta  
Y de los brindis los efectos son:  
Mas su cariño á su ilusion se presta  
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza  
Mas le contenta y satisface mas;

Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,  
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento  
Todo en desórden por final quedó,  
Y ambos á paso vacilante y lento  
Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla  
Cruzaba apenas tan dudosa luz,  
Que entre la sombra que el espacio puebla  
Nada se vé del firmamento azul.

## CONCLUSION.

Ya libres de las miradas  
De la multitud curiosa,  
Que envidiosa ó imprudente  
Hasta cuando aplaude estorba,  
En delicioso retiro  
Don Pedro Ibañez y Rosa  
Enamorados platican  
En el altar de su alcoba.  
Ella parece cual nunca  
Halagüena y seductora,  
Suelto el cabello y los lazos,  
Y aliviada de las joyas,  
El en sus brazos la aduerme  
En ilusion amorosa,  
Mas que nunca embebecido  
En los encantos que adora.  
Ella en silencio le mira  
Y las lágrimas le borra,  
Que de amor y de esperanza  
De los párpados le brotan.  
El, los labios encendidos,  
La mirada borrascosa  
Que aun turba el licor ardiente  
Cuyos vapores le embotan;  
Y ella con ósculos tiernos  
Templando la abrasadora  
Sed de sus labios, le besa  
Entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda  
Que entera cubre la alcoba,  
Vela á los profanos ojos  
La escena voluptuosa:  
Aunque la luz de una lámpara  
Cuanto olvidada, traidora,  
Trémula dibuja en ella  
Si no los gestos, las sombras.  
¡Noche de amor y esperanza!  
Que de la modesta esposa  
Queda como blanco sueño  
Para siempre en la memoria!  
La de Ibañez, vive Dios  
Que olvidó su vida toda,  
Sus placeres y sus cuitas,  
Su deshonor y su gloria.  
No hay mas pasado en su mente,  
Mas porvenir no ambiciona:



Vendiera por esa noche, *cuando oprimas Y*  
 Toda su existencia a Rosa, *mi amor yo H*  
 Aunque un frío involuntario  
 Todo su cuerpo aprisiona, *cuando el beso O*  
 Cual si en sepulcro pudiera *debes no oho T*  
 Convertirse la alcoba, *cuando el beso Y*  
 Algunas veces mirando *cuando el beso Y*  
 Los ojos de la que adora,  
 Creyó alcanzar dentro de ellos *cuando el beso Y*  
 Alguna imagen diabólica, *cuando el beso Y*  
 Una vez embriagado *cuando el beso Y*  
 En su risa encantadora, *cuando el beso Y*  
 Creyó que los labios puros  
 Tomando distinta forma,  
 Mostraban por un momento  
 En negra ilusión dudosa  
 De un monstruo desconocido  
 La áspera y sangrienta boca.  
 "¿Qué piensas, Ibañez mio?  
 ¿Qué mal, dime, te acongoja,  
 Que vas el color perdiendo?"  
 Dijo al esposo la esposa,  
 Al contemplarla el semblante  
 Su espanto y asombro doblan,  
 E Ibañez con ambas manos  
 Entrambos ojos se frota,  
 Ella tornó a su pregunta,  
 Y él a su silencio torna,  
 Como quien tiene delante  
 Un espectro que le acosa.  
 "¿Qué sientes?"  
 "Oh! nada, nada,  
 Mas la vista se me borra,  
 Los objetos me vacilan,  
 ¡Cielos! ¿qué es a questo, Rosa?  
 ¿Qué dices que no te entiendo?  
 —¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:  
 Mas ¡tal vez mi fantasía  
 Se me está volviendo loca,  
 No sé por qué, mas el miedo  
 Que de mí se posesiona,  
 Oh, ciégame con tus labios, sí,  
 Ven á mis brazos, ¡oh Rosa!  
 Echóse en ellos la niña,  
 Ansioso Pedro abrazóla,  
 Mas al tocarla dió un grito,  
 Como quien espigas toca,  
 "¡Quemas!" la dijo espantado,  
 Y soltándola en la alfombra,  
 Se miró el triste los dedos  
 Con que sostuvo su forma,  
 Ella seguía diciéndole  
 Con sonrisa seductora:  
 "¿Qué tienes, Ibañez mio,  
 Que cuanto dices me asombra?"  
 Y él con ojos aterrados  
 Continuaba en su congoja,  
 Contemplándola sin habla,  
 En convulsión espantosa,  
 Al fin con hondo cariño  
 Ella las manos le toma,  
 Diciendo con voz mas suave  
 Que el murmullo de las hojas:

"Amor mio, vuelve en tí;  
 Yo soy, mírame, tu Rosa,  
 Tú me lo has dicho, ¡alma mia!  
 Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.  
 Sonrió apenas Ibañez  
 Y medroso preguntóla:  
 "¿He soñado, no es verdad?  
 Tú me despiertas ahora.  
 —Sí por cierto, esposo mio:  
 Tú me has dicho tantas cosas....  
 Tantos delirios.... que casi  
 Temí contigo estar sola.  
 —Oh sigue, sigue.... ¿qué dulce  
 Me suena tu voz hermosa!  
 Sigue.  
 —¿Quieres que te cuente  
 Para adormirte una historia?  
 —Sí, sí, dime cuanto quieras  
 Con tal que tu acento oiga.  
 —Pues escucha, que tal vez  
 Se disipe tu congoja."  
 Ibañez, como quien sale  
 De pesadilla penosa,  
 Su voz escuchaba atento  
 Suave, argentina, sonora,  
 Sin acertar á entender  
 La sensación dolorosa  
 Que un momento antes le hacia  
 Su presencia encantadora,  
 El recostado en el lecho,  
 Ella á su lado en la sombra,  
 Esto á Ibañez le decia  
 Risueña y voluptuosa:

*En un tóxico pueblecillo,  
 Aunque no recuerdo donde,  
 Vivía un baron ó un conde,  
 Que es igual, en su castillo.  
 En este pueblo vivía  
 Una villana, ¡oh, hermosa!  
 La reina más orgullosa  
 Por ella se trocaría.  
 Rosa, como yo me llamo,  
 La villana se llamaba,  
 Y un pobre hidalgo la amaba  
 Tanto como yo te amo.*

Ibañez en su embeleso  
 Dulcemente sonrióla,  
 Y besándola en los labios  
 Siguió la niña su historia.

*Vió el baron cierto día,  
 Y al contemplarla tan bella  
 Ciego de amores por ella  
 Solo por su amor vivía.  
 Pródigo la regaló,  
 Y tal su cariño fué,  
 Que por prenda de su fé  
 Su mano la prometió.  
 Ella avara ó inconstante  
 Casóse al cabo con él.*

"Cuanto Dios puso de eterno  
 "En mi despreciable ser."

Tembló pavoroso Ibañez  
 A estas palabras de Rosa,  
 Palideciendo al impulso  
 De una sangrienta memoria.  
 Y ella con triste sonrisa  
 Entre doliente y sardónica  
 Siguió, á los ojos de Ibañez  
 Cambiando su imagen propia.

*A su sacrilego ruego  
 Diz que el infierno le dió  
 Por la alma que le vendió  
 Una venganza de fuego.  
 La torre ha poco altanera  
 Brotó llamas de su centro;  
 Quedó la venganza dentro,  
 Mas el vengador afuera.  
 Años esta noche hará  
 Que el castillo se incendió,  
 Media vida al galán dió,  
 Y ahora mediándose está.*

"Cielo santo!" exclamó Ibañez  
 Con voz despechada y ronca,  
 Arrancándose del lecho  
 Y de los brazos de Rosa,  
 "¿Qué es esto? ¡la luz me falta,  
 El ambiente me sofoca....!"  
 Y asiendo de la ventana  
 Abrió á un tiempo las dos hojas.  
 Entró á tal punto por ellas  
 Sonante, negra, espantosa  
 Una llamarada inmensa  
 Que lamió el suelo y la bóveda.  
 Corrió á la puerta y en vano  
 Con ímpetu sacudióla;  
 Por fuera la sujetaba  
 Resistencia poderosa.  
 Tendió desolado y triste  
 Los ojos, y allá en la alcoba  
 Vió sentada sobre el lecho,  
 Prendiendo fuego á las ropas,  
 Una aparición horrible  
 Que en su vacilante forma  
 Mostraba al par su contorno,  
 Mitad monstruo y mitad Rosa;  
 Y al son de la ardiente llama  
 En voz le decia cóncava:  
 "¡Alma entera y vida media!  
 El alma la tengo toda,  
 Diez años eran de vida,  
 Y están mediándose ahora."

#### EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,  
 Esa mágica edad de la ilusión,



En que vegeta el alma adormecida  
Agena de inquietud y de ambicion!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,  
Cuánto se goza lejos del pesar,  
Llevando nuestro débil barquichuelo  
De la existencia por el negro mar!

Entonces sin pensar en quien nos hizo  
Ni el vano mundo y su placer traidor,  
Goizamos por el día tanto hechizo  
Y dormimos la noche sin temor

Que es el niño atrevido marinero  
Que al mar se lanza si inesperto, audaz,  
Satisfecho con ver como ligero  
Va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa  
A quien sigue tal vez el aquilon?  
Navegaré, se dice, mas aprisa  
Del blando viento al compasado son

¿Qué le importa que el agua se alborote  
Tormentosas alzando olas sin fin?  
Irá, se dice, mi estraviado bote  
A dar como el que dejó á otro jardín.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas  
La noche desplomando sobre el mar?  
El dice: cuando pasen estas nieblas  
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos  
Hiervan los lomos del gigante azul?  
El mira en ellos sus flotantes rizos  
De la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla  
Que en el bajel de su inocencia va,  
Libre y segura sin perder la orilla  
Del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños  
Loco recuerde de la edad pueril,  
Que mire de la vida los empeños  
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vagnen mis cansados ojos  
De árbol en árbol y de flor en flor,  
Del sol brillante á los destellos rojos  
Que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama  
Para el que nace en virgen ilusion;  
Desierto do eternal el cierzo brama  
Para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso  
Cuando halagué en tu ilusion, fatal,  
Yo miraré con ojo receloso  
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,  
Y entre tus flores escondida red  
La loca tentacion de tus mujeres,  
Corrientes que no templan nuestra sed

Que si nacemos á la amarga vida  
Riendo lo que hemos de llorar,  
Yo quiero mi existencia dolorida  
Gozar llorando y mi dolor cantar.

## I.

Es una bella aurora,  
Fresca, purpúrea y clara,  
En que va murmurando  
Por la floresta el aura.  
Las hojas estremece  
Con las sonantes alas,  
Cruzando fugitiva

Por una y otra rama  
Ya por el blanco césped  
Silenciosa se arrastra,  
Robando sus perfumes  
Al tomillo y la grama.

Ya en torno de los troncos  
De las encinas altas  
Columpia en sus cortezas  
Las ramitas enanas.

Ya de la limpia fuente  
En la repleta taza  
Arruga, trenza y riza  
Los hilos con que mana.

Es un jardín florido  
Henchido de fragancia,  
Que á par enriquecieron  
Con afanosa maña,  
Naturaleza fértil

Con su silvestre gala,  
Y la incansable industria  
Con su rica elegancia.

Aquí por los linderos  
Las violetas moradas  
Matizan de los céspedes  
La vívida esmeralda.

Allí de clavellinas  
Entumecida mata  
Sus infinitos hijos  
A sostener no basta.

Allí las anchas rosas  
Su pabellon de grana  
Estienden afrentando  
Las azucenas blancas.

Allá el cárdeno lirio  
Se eleva con audacia  
De azules pensamientos  
Su raiz tapizada.

Mas lejos un geráneo  
Que aroma el aura mansa  
Envidia á los renúnculos  
Las tintas soberanas.

Y allá entre sauces verdes  
Que humedecen las aguas,  
Entre sonantes hojas

Cenida de una nube  
De vaporosa gasa,  
Que el aire llena en torno  
De suavísimo ámbar.  
De rosas y azucenas  
La frente coronada,  
Prendida en ricos pliegues  
La vestidura blanca,  
Salió de entre los mirtos  
Con cautelosa planta  
Una ilusion dichosa  
De paz y bienandanza.  
Las flores en sus tallos  
Por donde aérea pasa  
Se esponjan y enderezan  
Y doble aroma exhalan.  
La brisa en torno suyo  
Murmuradora vaga,  
Y entre las hojas verdes  
Se enreda y esparrama,  
Colúmpianse las copas,  
Los ruiseñores cantan,  
Las tórtolas arrullan  
En amorosas cláusulas  
Y todo en los jardines  
Al paso de la maga  
Respira la ventura  
De juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo  
Que sobre el césped descansa,  
Quien al verla tan hermosa  
Entre sus brazos se lanza.  
Los negros rizos la coge,  
La besa la frente casta,  
En sus pupilas se mira  
Y en su sonrisa se embriaga  
Ella á su seno le estrecha,  
Le acaricia y le regala,  
No como madre amorosa,  
Sino como amante hermana;  
No como en signo de albricias,  
De un hijo perdido que halla,  
Como quien se alegra hallando  
Con quien dividir sus galas.  
Adolfo se la sonríe  
Y el blanco cuello la abraza,  
Admirando su hermosura  
Con infantil confianza.  
"Oyeme, Adolfo, le dijo  
Halagándole la maga:  
Si tú quisieras conmigo  
Vivir... tengo una morada  
Llena de fuentes y flores  
Y de deleites y galas:  
Tengo palacios de oro  
Suspendidos en montañas  
En un país no lejano,  
A quien *Existencia* llaman.  
—Oh por cierto que eres rica!  
—Lo que imaginas es nada;  
Todo el universo es mio.

Y retorcidas varas,  
En cargados racimos  
Madreselva olvidada  
Convida con sus flores  
Amarillas y blancas.  
Ni faltan en macetas  
Y transparentes jarras  
Pomposos tulipanes  
Que sus capullos rasgan.  
Sobre ellos cuidadosos  
Tienden sus hojas anchas  
Los fértiles naranjos,  
Las corpulentas hayas.

Hay en su bosquecillo  
De mirtos y de acacias,  
En una placetuela  
De rosales cercada,  
Una anchurosa fuente

Que en torno se derrama;  
Está el pilon colmado,  
Y en medio se levanta  
Sobre dos piés de jaspe

De alabastro una taza;  
Y mil vistosos peces  
En su remanso nadan,  
Que asoman atrevidos

La fugitiva espalda.  
Se escucha desde lejos  
La música liviana  
Con que murmuran leves

Las revoltosas aguas;  
Y en su cristal inquieto  
El sol que alumbró el alba  
Saliendo reverbera

Con luz tornasolada.  
Sentado en las orillas  
Por do la linfa clara  
Desde la limpia fuente

Bullendo se derrama,  
Deshojando unas flores  
Que el arroyuelo arrastra  
Miraba el niño Adolfo

Como las lleva el agua.  
Su imagen la corriente  
Trémula le retrata  
Los ojuelos alegres,

Las manitas nevadas,  
La blonda caballera  
Tendida por la espalda,  
La frente ruborosa

Y la sonrisa cándida.  
Soñaba desvelado  
Inocentes fantasmas  
Que á la niñez tranquila

Espléndidos halagan;  
De esos delirios puros  
Que fugitivos pasan  
Y aduermen los sentidos

Sin que los sienta el alma.  
Ilusiones magníficas  
Con cuyas sombras mágicas  
Los gozos se deshacen  
De nuestra breve infancia.



—Pues ¿quién eres?—La Esperanza.  
—Y estarás siempre conmigo?  
—Iré siempre donde vayas.  
—Pues vamos donde quisieres.  
—Sígueme, pues, que ya tardas.  
Siguióla contento Adolfo,  
Y á una señal de la maga  
De aquella anchurosa fuente  
Dividiéndose la taza,  
Tórnase en un canastillo  
Que se columpia y resbala  
De un claro y tranquilo rio  
Por sobre las hondas mansas:  
Y entrándose confiados  
En tan vacilante barca,  
Dejéronse ir sin recelo  
A los caprichos del agua.

## II.

Andaces surcando las aguas serenas  
Al lánguido impulso del aire sutil,  
Tocaron opuestas las limpias arenas  
Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino  
El paso les abre de vasta region,  
Que pródigo y rico regala el destino  
Y espléndido viste de ociosos primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines  
De cuyas florestas el fin no se vé  
Empiezan, y orlados de azahar y jazmines  
Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continúa, de una alba rosada  
Que presta al ambiente purísimo azul,  
Y un zéfiro el aire cuya ala aromada  
Refresca la tibia ilusion de la luz.

Do quiera en las hojas del árbol florido  
Se siente escondido  
Al mirlo trinar;  
Do quiera en la yerba menuda se siente  
La rápida fuente  
Saltando brotar.

Do quiera volando sutil mariposa  
Columpia una rosa,  
Sacude un clavel,  
Las alas ufana mostrando á las flores  
De ricos colores  
Pintadas también.

Do quiera arrastrando su casa con pena  
Sobre una azucena  
Se ve al caracol,  
Que tiende los ojos al sol generoso,  
Pidiéndole ansioso  
Consuelo y calor.

Do quiera en las ramas colgada la oruga  
Sacude y arruga el sonoro cristal,

Que en claros espejos, ó en líquidos hilos  
En lagos tranquilos posándose va.

Do quiera en las ramas del álamo verde  
A lo alto se pierde en movible ilusion,  
Meciendo la bella oropéndola el nido  
Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla  
La pluma amarilla,  
Que ostenta fugaz,  
Abriendo esponjado y en círculo rico  
El triple abanico  
Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones  
Ni en lúgubres sonos  
Agita el ciprés  
La fúnebre punta, cual hacha mortuoria  
Que alumbraba la historia  
Pasada de ayer.

La espléndida lumbré del sol no se apaga;  
Sin término vaga  
La brisa sutil;

La noche carece de sombra importuna,  
Ni deja la luna  
Jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo  
Cual lánguido arrullo  
Del aura no mas,  
Cual banda de plata que el puro horizonte  
Tendió sobre el monte,  
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas  
A do pasajeras  
Se van á perder  
Las ondas sonoras, en tiendas de armiños,  
Tan solo los niños  
Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmin y claveles,  
Bajo almos doseles  
De plumas de luz,  
Reposan tranquilos sin noche ni dia  
Sin miedo á la impía  
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,  
Que solo ha gustado  
La dicha y placer,  
Porque es la ribera del mar de la vida  
La casta, florida,  
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino  
Do puso el destino  
Tras linde feliz,  
De nuestra existencia tristísimo, aciago  
El árido y vago  
Desierto país.

## III.

ADOLFO.

¿Qué sitio es este, señora,  
¿Dónde estamos? que si no  
Mienten mis ojos, ya es esta  
Otra distinta region.

LA MAGA.

Estamos, al fin, Adolfo,  
En un país superior,  
En donde nada caduco,  
Nunca estéril vejetó.

ADOLFO.

Y esos alcázares de oro  
Que se ven en derredor,  
Esos pensiles colgados,  
Esos bosques ¿cuyos son?

MAGA.

De una emperatriz hermosa,  
Tan alegre como el sol,  
En cuyos vastos dominios  
No hay lágrimas ni dolor.

Vive en ociosos festines  
De blanda música al són,  
En brazos de los placeres,  
De la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,  
Que á su audacia y su ambicion  
Ni los mares ponen coto  
Ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,  
Pues como ella no hay dos,  
No hay fuerza á quien no atropelle,  
Ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron  
Ambos mundos en redor:  
"Todo ó nada," dijo ansiosa  
Y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata  
Su destino triunfador,  
Llamó al placer y la vida  
Y con ellas se partió.

Trajo así cuantas hermosas  
Le siguen á ambos en pos,  
Cuantos galanes y ociosos  
En ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,  
Campos de inmensa estension,  
Provadores que les canten,  
Baños de esquisito olor:

Y al hacer de tanto lujo  
Desigual reparticion,  
Dijo:—"Goza y pedirme,  
Que si hay dioses, yo soy dios."

ADOLFO.

¿Y quién es tan atrevido  
Espíritu protector,  
A quien nada se resiste  
Y á quien nada se igualó?

¡Oh! cuando dormidos al pié de la cuna  
Es todo fortuna,  
Deleites y paz;

El dia es tranquilo, la noche serena,  
La selva es amena,  
Frondoso el herial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten,  
Acaso divierten  
En vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida  
Por do entra en la vida  
La dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella,  
Y el niño tan bella,  
Tan llana la halló,

Que andaba embebido de un lado á otro lado  
Gustando la fruta,  
Doblando la flor.

Ya el vuelo tendía de pájaro errante,  
Ya el ala brillante de insecto sutil.  
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo  
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,  
Gozaban sus ojos  
La alegre vision,

Sus tiernos sentidos la suave frescura  
Y el son que murmura  
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿Qué importa por dónde?  
Su infancia le esconde  
La negra verdad.  
¿A qué preguntarla?—Si es plácido el sueño  
¿A qué con empeño  
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,  
La luz, los jardines,  
Llegaban allí;

Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,  
No hay ya peregrino  
Plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda  
Detras de quien queda  
La alegre region,

Sentía en el pecho que audaz caminando  
Cobraba ganando  
Firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera  
Fantasma hechicera  
Vagando tras él;

Mas jöven y hermosa conforme adelanta,  
Dejando su planta  
Detrás la niñez.